

CAPÍTULO XI

LA MOTIVACIÓN DE LA FE EN LA CULTURA CALVINISTA

Para un entendimiento apropiado del concepto Calvinista de la cultura, debemos considerar ahora el rol de la fe. Es bastante común suponer que hay dos caminos para encontrar a Dios.¹ Por un lado está el camino de la razón, empleado por los Griegos, lo cual nos da la teología natural, y, por otro lado, está el camino de la fe, que llegó a nosotros por los Hebreos y que nos dio sus sagradas Escrituras. Entonces, se supone que el Cristianismo es una mezcla de los dos, lo que halla su expresión en la teología Cristiana. Sin embargo, el Cristianismo, sobre la base de la autoridad bíblica, sostiene que el hombre no puede venir a Dios sin fe (Heb. 11:7) y que todo lo que no es de fe es pecado (Rom. 14:23). Por tanto, cualquier cosa que los hombres puedan alcanzar por la razón no lo hacen para encontrar al Dios viviente, creador del mundo, y Padre del Señor Jesucristo. Cualesquiera que sean los dioses que los hombres “encuentren” por la razón o creen por su imaginación son simplemente caricaturas, son ídolos.

En contra de la posición de los filósofos de la religión, Calvino sostuvo que el hombre no puede llegar al conocimiento de Dios como creador (teología natural) sin la luz de las Escrituras (*Inst.*, I, 6). Cristo, al hablar con la mujer Samaritana, sostuvo que toda religión, excepto la de los Judíos, era falsa (Juan 4:22) y que los oráculos sagrados eran necesarios para la correcta comprensión del Dios verdadero. “Pues, como quiera que el entendimiento humano, según es de débil, de ningún modo puede llegar a Dios ni no es ayudado y elevado por la sacrosanta Palabra de Dios, era necesario que todos los hombres, excepto los Judíos, por buscar a Dios sin su Palabra, anduviesen perdidos y engañados en el error y la vanidad.” (*Ibid.*, I, 6, par. 5). En otras palabras, la primera parte del credo Cristiano en la cual la iglesia universal confiesa su en Dios el Padre, Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, no es una pieza de teología natural. Es parte del conocimiento de la fe, pues como Cristianos conocemos al creador, no principalmente a partir de la creación, sino por su Palabra. Es parte del *Credo*. Y la fe no es la conclusión de un proceso de racionalización. No es resultado de

1. John A. Hutchison, *Fe, Razón y Existencia* (New York, 1956), Capítulo IV.

la experimentación empírica, o la respuesta emocional a una experiencia mística. Sino que la fe es la respuesta al testimonio divino, la evidencia de las cosas que no se ven. Pero decir que la fe trasciende la esfera de lo racional (el corazón tiene razones de las cuales la mente no sabe) no significa que la fe sea irracional, o que es un salto en la oscuridad. Ni tampoco su inhabilidad para resolver las discrepancias aparentes en conexión con los más trascendentes misterios de la doctrina Cristiana invalida la naturaleza genuina de la fe. En realidad, los misterios de la trinidad y de la encarnación nos enseñan que Dios habita en luz inaccesible (I Tim. 6:16); en consecuencia, el creyente acepta estos misterios con asombro y adoración. Por lo tanto, la demanda de que toda revelación debe ser reconciliable con la racionalidad humana es inconsistente con la naturaleza de la fe,² y con la naturaleza de la razón correctamente considerada. Con respecto al testimonio de la Escritura, ella llega como un testimonio absoluto y final de Dios al hombre. Parece que debiésemos admitir que solo Dios es un testigo adecuado de sí mismo.

Ahora, la fe es la respuesta del hombre a este testimonio objetivo. Es la avenida subjetiva por la cual el testimonio de Dios se torna efectivo en el hombre, la criatura. Y esta es la misma naturaleza de la religión. La verdadera religión es revelacional por necesidad, puesto que Dios es la fuente del ser del hombre y el fundamento de su existencia. En otras palabras, puesto que el hombre es el portador de la imagen de Dios,

2. Para una discusión de la naturaleza de la fe como respuesta al testimonio divino cf. John Murray, "La Prueba de la Fe," *La Palabra Infalible* (Filadelfia, 1947), pp. 6ss.

permaneciendo en relación con él como la de un infante dependiente, y puesto que el hombre es esencialmente un ser religioso, no puede vivir excepto por fe. Por tanto, colocar la fe en oposición a la razón constituye una falsa antítesis, pues ambas, la fe y la función analítica, la cual llamamos razón, son aspectos del hombre como criatura. Todos los hombres funcionan analíticamente (razón), y todos los hombres funcionan písticamente (en fe). La fe es simplemente una función, sin duda la más alta en la escala, del hombre como criatura. Con su corazón el hombre o cree o no cree, pero él es una criatura creyente incluso en su incredulidad. Es la misma distinción que aplicamos al hombre como criatura moral; sea que él sea santo (moral) o impío (inmoral), el hombre se distingue del animal, el cual es amoral. Entonces, todos los hombres viven por fe; ellos creen o en el Dios verdadero y viven por fe en el Hijo de Dios, o, se vuelven a una caricatura, un ídolo, el cual Isaías describe desdeñosamente (Isa. 40). El hombre utiliza su poder analítico (razón) para justificar su compromiso básico de fe.

Acusar a aquellos que hacen de la fe el elemento primario en la relación del hombre con Dios de ser escépticos de la razón son puros disparates. Decir que esta posición, algunas veces llamada *fideísmo*, niega todas las categorías racionales a la religión y que por lo tanto tiene solo una alternativa, a saber, el silencio, es pura mala interpretación, si no es que una propaganda.³ Pues cuando Lutero habló de *Die Hure Vernunft* (la Ramera Razón) no negó o despreció así el valor de las categorías racionales en la religión, sino que repudió la prostitu-

3. Cf. Hutchison, *op. cit.*, p. 99.

ción de la razón del hombre para negar a su hacedor y oponerse a Dios. La razón se convierte en una ramera en la medida en que utiliza su poder dado por Dios de manera contraria a la ley de Dios para su ser, exactamente como una mujer que prostituye su cuerpo de manera contraria a la ley de la feminidad y del matrimonio y de la maternidad es llamada una ramera. Roger Hazleton, a quien Hutchison hace referencia al negar la autonomía de la fe, tiene un mejor entendimiento de la posición de Lutero.⁴

Mucha mala interpretación con respecto a la fe y a la razón se debe al hecho de que la razón no es vista en su perspectiva apropiada como una de las funciones del hombre como criatura, a saber, la analítica, sino que se le da un status objetivo, super-temporal, y es, de esta manera, deificada a la manera Griega. Este es el proceso de hipostatización, la elevación de un aspecto del ser del hombre sacándolo de su marco y transformándolo en la corte final de apelación. Sin embargo, en realidad la función analítica del hombre no es sino una de muchas, dado que el hombre también funciona entre otras en las modalidades⁵ biológicas, sociales, psicológicas, económicas, estéticas, morales y písticas. Y esta última, puesto que une al hombre con

aquello que trasciende el tiempo y el espacio, es la función determinante. Es decir, todo hombre en sus varias funciones está determinado por su relación con Dios; o vive por fe en el Dios verdadero o se torna a la apostasía, lo que constituye una función negativa de su naturaleza *pística*. Mientras que los primitivos se volvieron hacia ídolos de madera y piedra, o adoraron los cuerpos celestiales, el hombre moderno en su apostasía crea dioses a su propia imagen; se torna a la adoración de Mammón, la ciencia, la belleza, el poder, etc.

Sin embargo, la posición aquí presentada es que no existe cultura sin una presuposición, puesto que el hombre es un ser religioso. No hay tal cosa como la *Voraussetzungslosigkeit*, esto es, el postulado de que el científico no debe tener presuposiciones.⁶ En este sentido la neutralidad es totalmente imposible; no existe. Todo hombre, como agente cultural, sea un filósofo o un artista, un agricultor o un arquitecto, vive por fe, la que determina todo su ser y todo su modo de vida. Algunas veces esa fe es, realmente, meramente un conformarse a las costumbres y tradiciones de la masa, como en la religión tribal, el estilo de vida Americano, o la ortodoxia muerta de muchas iglesias. Si un hombre no elige la fe Cristiana, de que Jesucristo, el Hijo de Dios, limpia de todo pecado, entonces debe escoger una metafísica alternativa, pues, “La dimensión metafísica de la mente nunca permanece vacía, sino que debe tener siempre un contenido” (*Op. cit.*, p. 24). La noción de que la neutralidad en este asunto es posible es una ilusión

4. *Renovando la Mente* (New York, 1949), p. 85, donde el autor cita a Lutero, “El entendimiento, por medio de la fe, recibe vida por la fe; aquello que está muerto es vuelto a la vida.”

5. El término “modalidad” es importado de la filosofía Cristiana de Herman Dooyeweerd, un filósofo Cristiano, quien denomina a los varios aspectos significativos de la creación, sujetos al mismo conjunto de leyes (e.g., números, sentimientos, pensamientos, símbolos, etc.) como aspectos modales de la realidad, o simplemente, modalidades.

6. Emil Brunner, *Cristianismo y Civilización* Vol. II (New York, 1949), p. 23.

peligrosa, puesto que la neutralidad misma, al dar por sentado el hecho, es una especie de metafísica escéptica. Generalmente cuando se niega el concepto Cristiano de Dios, con su énfasis espiritual, le sustituye una metafísica mecanicista y materialista, y esto bajo la apariencia de una neutralidad metafísica. Dice Brunner, “Lo que se presentó como neutralidad metafísica era, de hecho, un naturalismo directo, por no decir un materialismo estúpido; un axioma preconcebido de la unidad y uniformidad de todos los fenómenos. Claro, esto es metafísica, metafísica del peor tipo; en lugar de la genuina apertura mental que no preenjuicia el carácter del Ser, tenemos aquí un dogma metafísico de la uniformidad de todo el Ser, que comprobó ser genuinamente perjudicial en el campo de las *Geisteswissenschaften* (ciencias espirituales, v.t.) y que contribuyó no poco a la triste condición del mundo presente. Solamente menciono una sociología naturalista que abolió la noción de justicia e introdujo, en su lugar, el principio de la supervivencia del más apto” (*Ibid.*, II, p. 25).

Así pues, es el hombre, como ser religioso, el que es llamado a la cultura. Por lo tanto, la fe es el *a priori* religioso de toda la empresa cultural del hombre, y particularmente de su búsqueda científica. El conflicto en la cultura no es entre la fe y la cultura, la religión y la razón. Sino que, puesto que toda cultura se fundamenta sobre la fe religiosa, el conflicto es uno de fe divergentes. Por tanto, el Dr. Conant está colocando el carro delante del caballo cuando afirma que el establecimiento de escuelas Cristianas separadas (parroquiales o de otro tipo) es una fuerza divisiva en la nación.⁷ Las escuelas Cristianas son

simplemente un reconocimiento de la divergencia de la fe y una solución realista, desde el punto de vista del Calvinista, a la situación actual. Claro, es mala desde el punto de vista de los secularistas en la educación, puesto que pierden parte de su influencia, y la religión del estilo Americano de vida pierde una batalla en el conflicto.

Al hablar de la fe como la presuposición inevitable de la cultura, no solamente tengo en mente el aspecto formal de la fe (*pistis*), la cual es la hipótesis necesaria de todo esfuerzo científico.⁸ Pues aunque es verdad que toda la ciencia presupone la fe en sí misma, en la exactitud de sus observaciones, en la fiabilidad de la percepción sensorial y de los procesos de pensamiento, este aspecto formal de la fe no es ahora el asunto principal. El aspecto psicológico de la fe es hoy lo suficientemente claro y casi universalmente reconocido. Uno simplemente no puede escapar de la fe como parte de la auto-conciencia del hombre como un portador de la imagen racional, moral y cultural, que permanece en una relación pactal con Dios. Sin embargo, el verdadero asunto es si el hombre por su parte sostiene el pacto o si lo ha quebrantado y está viviendo en

7. James B. Conant, cf. Discurso a la Asociación Americana de Administradores Escolares, Boston, Abril, 1952, citado por Edward Heerema, “¿Son Nuestras Escuelas Cristianas una Fuerza Divisiva en una Sociedad Democrática?” Un discurso publicado, pronunciado en Chicago, 13 de Agosto, 1952, ante la convención de la Unión Nacional de Escuelas Cristianas.

8. A. Kuyper, *Principios de Sagrada Teología* (Grand Rapids, 1957), pp. 125, 146.

enemistad contra Dios. La presuposición bíblica, aceptada por fe por la iglesia Cristiana, es que el hombre ha caído en infidelidad y apostasía. Ahora él necesita restauración para con Dios, la cual solo puede ser lograda en y a través del Cristo de Dios, quien ha cumplido la ley que el hombre había quebrantado. En otras palabras, el hombre natural, aparte de la gracia de Dios, no permanece en la verdad, sino que está profiriendo las mentiras del diablo mientras funciona bajo la verdad de Dios, la cual todavía conoce en cierto modo (Rom. 1:18ss.). Pero no solo el hombre ha caído de su elevado estado a través del pecado, el cosmos también es ahora anormal, debido a la maldición de Dios contra el pecado. Pero en Cristo, quien es el gran Reconciliador de todas las cosas, y quien como segundo Adán se ha introducido en la brecha, el mundo es renovado y el hombre se vuelve una nueva criatura. Así, aquellos que por fe participan en Cristo son restaurados a su oficio, de profeta, sacerdote y rey, haciéndoles libres del dominio del diablo y preparados para cumplir el mandato de Dios. Esta renovación de la cultura comienza aquí, pero será consumada en los nuevos cielos y en la nueva tierra en los que está siendo preparado un hábitat adecuado para los redimidos (Juan 14:1-6).

Esta presuposición de fe no es más que la revelación de Dios a sus siervos a través de Jesucristo. Por fe los hombres viven de acuerdo a la Palabra. Esto no hace a la fe autónoma en contra de la razón, sino que la Palabra tiene autonomía. Ninguna función del hombre puede jamás ser el punto de referencia final de interpretación, sino que la fe como una función (la más alta) del corazón acepta la Palabra de Dios como

autoridad y norma de vida absoluta.

Así pues, la antítesis de la fe en contra de la razón no es sostenible, pues la capacidad analítica del hombre siempre permanece sierva de su fe, la cual le mueve a amar a Dios o a la rebelión. Sin embargo, la idea de que la fe debe estar sujeta a la razón es una profundamente afincada. También Hutchison, quien propone la primacía de la fe (*Op. cit.*, p. 99), finalmente sujeta la fe al criticismo de la razón al suscribir la teología racional. De hecho él confunde el asunto en una oración cuando sostiene “que todas las proposiciones religiosas son proposiciones de fe, y que la razón entra en escena como el medio por el cual la fe es (1) comunicada, *probada*, evaluada... Así pues, estas creencias son interpretadas, *criticadas*, y *probadas por la razón*” (*Op. cit.*, pp. 130, 132 – itálicas añadidas). En el análisis final, como con todos los liberales, antiguos y nuevos, la autoridad absoluta de la verdad, de lo que es válido en religión, lo que Dios puede o no puede hacer o decir o ser, es determinado por la razón finita del hombre en lugar de ser determinado por la auto-revelación del Dios trino. Claro, el punto real nos lleva de regreso a la cuestión de si es posible o no una revelación directa, divinamente inspirada. Pero el resultado es que el hombre, en lugar de Dios, es el referente final, el intérprete primario de la realidad. Esto constituye Arminianismo y Pelagianismo en teología, y al Naturalismo en filosofía. El hombre en su finitud tiene la temeridad de pedirle cuentas a Dios; Dios debe aparecer ante un tribunal que es común a ambos, a Dios y al hombre. Dios está sujeto a algún otro bien, verdad o belleza a la cual debe conformarse. El Calvinista no puede tolerar esto, sea en su teología o en su cultura. Él está inalterable e inequívocamente compro-

metido con la proposición de que Dios es legislador, que Cristo es la Verdad, y que el hombre debe inclinarse en reverencia a la ley soberana de Dios en todas las cosas.

El hecho de que el hombre debe usar su función analítica (razón) para interpretar la Palabra no invalida la autoridad de esta última, ni transfiere ésta su autonomía a la razón del hombre. Sin embargo, la “razón” debe permanecer como sierva del corazón consagrado que se inclina ante la Palabra hecha carne. Pero el hombre en su rebelión contra Dios se ha proclamado a sí mismo emancipado en su cultura. Esto es especialmente cierto en la ciencia, pues aquí el dominio sobre la naturaleza parece decir que el hombre es su propio legislador. Esta actitud de rebelión en la cultura no ha sido siempre igualmente aparente en la cultura Occidental. En realidad, la historia sagrada nos informa que ha habido períodos de apostasía auto-consciente por la cual la ira de Dios se ha revelado desde el cielo en juicio. Esto ocurrió en el Diluvio (Gén. 6), en Babilonia en la confusión de lenguas (Gén. 11), la destrucción de Sodoma y Gomorra, de Faraón, de sus huestes, de los Cananitas por sus abominaciones (Deut. 18). Además, el propio pueblo de Dios fue visitado de esta forma por su desobediencia e incredulidad, Babilonia fue destruida por su orgullo cultural, como fueron Tirón y Sidón (cf. todos los profetas, mayores y menores para ampliar este tema).

Desde el advenimiento del Cristianismo el nombre de Dios ha sido reconocido en Occidente, pero con el Renacimiento hubo un volverse auto-consciente de la autoridad de la Palabra a la glorificación del hombre, ya sea buscando establecer la soberanía de la personalidad

humana o la omnipotencia de la ciencia. La crisis en la cultura Occidental se debe, en gran medida, a la incompatibilidad de estos dos motivos, y al hecho de que el último amenaza con tragarse al primero; el resultado de esto es que el hombre no tiene significado en un mundo dominado por la máquina. Nietzsche vio el deterioro de Occidente aún antes de Spengler (*Untergang des Abendlandes*) cuando agresivamente proclamó que Dios estaba muerto. Esta era su forma de decir que el Dios de la Biblia no era relevante para la cultura Occidental, que los hombres no vivían a partir de su fe en Dios. Desde ese día los Existencialistas ateos (Heidegger y Sartre, c.s.) han estado fulminando acerca del hecho que el hombre en su finitud no es capaz de trascender las ambigüedades de la existencia humana, pues no hay referente final al lado del hombre, ningún Intérprete final de la realidad excepto el hombre. Este es el predicamento Existencialista; está perdido dentro de su propia esfera. Esta es la causa del sentido de la desesperación y la falta de significado de los que habla Tillich tan elocuente y vanamente.⁹ Pues un mundo creado por el hombre y centrado en el hombre no tiene significado último, y el Existencialismo es irracional y subjetivista, pues el llamado del hombre es convertido en auto-cultura, auto-creación y auto-realización.¹⁰ La realidad es totalmente hecha subjetiva dentro del individuo y el hombre, quien ya no tiene una relación positiva con Dios, está siendo progresivamente deshumanizado hasta que aterriza en la desesperación.¹¹

9. Cf. el capítulo previo sobre la realidad como significado.

10. S. U. Zuidema, “Kierkegaard” y “Sartre” en *Denkers Van Deze Tijd* (Franeker, s.f.), 2ª impresión, pp. 20, 281.

Esta desesperación y sentido de frustración del hombre moderno es el resultado de su alineación de Dios, pues la criatura necesita un refugio para el alma, y un ancla de esperanza. Así pues, el predicamento del hombre moderno no es debido a su condición de criatura, como los Existencialistas y los Barthianos lo pondrían, sino que es debido a su apostasía. Su función de fe está operando negativamente; se ha vuelto del Dios viviente a los ídolos. Pero, dado que la ciencia moderna amenaza la causa de la destrucción del hombre, él está llorando junto con Micaía, “Tomasteis mis dioses que yo hice, ¿qué más me queda?” (Jueces 18:24). Negar la relevancia de la fe para la cultural es caer en un falso dualismo, separando la naturaleza de la gracia como hace la teología Escolástica. Para el Escolasticismo, también la rama restaurada de la moderna filosofía Católica, la razón reina en la esfera de lo natural, pero la fe domina en el ámbito espiritual. En realidad esto implica que la religión no es relevante para la vida total, pues aparece una disyunción entre razón y fe, entre cultura y religión. Así, la filosofía, que es uno de los ingredientes más importantes de cualquier cultura, se transforma en una empresa independiente, totalmente racional. Como Gilson lo describe, “Basada en la razón humana, debiéndole toda su verdad a la auto-evidencia de sus principios y a la precisión de sus deducciones, alcanza un acuerdo con la fe espontáneamente y sin tener que desviarse hacia ningún camino de su propio sendero.’... El problema con esta visión es que es compartimentada y divisiva. Yuxtapone lo que debería estar integrado. Separa lo religioso y lo científico en

11. Paul Tillich, *El Coraje de Ser* (New Haven, 1952), pp. 139, 140.

el hombre.”¹²

En contra de esta visión del Escolasticismo Católico contemporáneo, el Profesor Dooyeweerd de la Universidad Libre de Ámsterdam, la única universidad Calvinista en Europa, rechaza el dogma de la autonomía de la razón en cualquier esfera de la existencia del hombre, sosteniendo que todo pensamiento científico tiene una raíz, más profunda y no visible, en el corazón del hombre, a saber, la fe. Dooyeweerd introduce un método de crítica trascendental del pensamiento filosófico, y sobre la base de su estructura interna concluye que el pensamiento puramente teórico es imposible. Todo el pensamiento del hombre brota de una fuente religiosa no teórica.¹³

El Dr. Dooyeweerd sostiene que es una forma de idolatría hacer del pensamiento teórico, o del sentido estético, o el aspecto económico de la vida el punto de partida auto-suficiente para la filosofía y para la cultura total, pues ello deifica un aspecto de la realidad. Además, tal procedimiento es falto de espíritu crítico pues opera sobre la noción de la auto-suficiencia del pensamiento teórico o de algún otro aspecto de la realidad terrenal, y no penetra en sus propias presuposiciones inevitables. No se da cuenta que continúa edificando sobre un *a priori* religioso y no teórico y que por lo tanto permanece aprisionado en el dogmatismo no crítico. Pues dogmatismo no es la afirmación de la verdad, sea esta

12. Cf. H. Stob, “La Palabra de Dios y la Filosofía,” en *La Palabra de Dios y la Fe Reformada* (Grand Rapids, 1942), p. 106.

13. *Problemas Trascendentales del Pensamiento Filosófico* (Grand Rapids, 1948), cf. el tratado completo de 77 páginas para una revisión del argumento.

recibida por fe o averiguada por la ciencia, sino tal afirmación sin un entendimiento crítico de las presuposiciones de uno, sin darse cuenta que todas las afirmaciones de uno están religiosamente orientadas y limitadas por la fe. El dogmatista es uno que supone de sí mismo que es neutral y que todos los otros hombres están prejuiciados; él supone que está haciendo afirmaciones puramente científicas mientras que el resto de la humanidad sufre por el fetichismo de la fe.

Entonces, en resumen, la creencia de que la cultura, o cualquier parte de ella, pueda realizarse en un terreno neutral, aparte del compromiso religioso de uno, es errónea. ¡Pues con respecto a Cristo ningún hombre puede ser neutral! Como el ascendido Señor de Gloria él reclama la vida total y como el Restaurador del mundo del Padre él llama a todos los hombres a su tarea cultural. Aquellos quienes por gracia por medio de la fe han retornado al Pastor de sus almas están dispuestos a decir con Pablo, “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20).

En contra de este hombre de fe (Anormalista) se levanta el Normalista (cf. Kuyper, *Calvinismo*, p. 132) quien quiere aplicar los métodos de la ciencia empírica a la religión, lo que implica una negación de la finalidad del Cristianismo desde el principio. Esta metodología implica una metafísica naturalista, a saber, la concepción de que el mundo es último, que no necesitamos postular una Persona sobrenatural para explicar la existencia y naturaleza del hombre, y que el hombre puede manejar la

situación tanto teórica como prácticamente. El modernista no solamente niega el acto sobrenatural, el milagro, pero por implicación, al menos, niega el *hecho* sobrenatural, Dios. Por supuesto que el milagro no se ajusta a la concepción de ley científica del hombre moderno, sino que éste pertenece al puro ámbito y lenguaje del Cristianismo, como todos sus Apologistas afirman. Cristo, el Hijo de Dios, no es solamente Enmanuel, lo último en teofanía, él es también *el Profeta*, la personificación de la profecía y la Verdad personificada; pero él es, además, la consumación del principio del milagro; él es el milagro supremo en Persona, Dios encarnado. Ahora, todo esto es negado, si no expresamente, aún así por implicación, en la presuposición de la ciencia y la filosofía no-Cristianas. Pues al negar la doctrina de la creación asume la ultimidad del universo; al negarle a Dios el poder de la dirección personal sobre las leyes de la naturaleza, constituye estas leyes como últimas; al negar la autoridad de la Palabra de revelación como la verdadera interpretación de la existencia del hombre y el significado del universo, proclama la autonomía de la mente del hombre y hace del hombre el referente final de interpretación. Al asumir el hecho bruto, esto es, la idea de que ningún hecho tiene significado hasta que es interpretado por la mente del hombre, se niega a Dios como el intérprete final y creador de los hechos. Ahora, el Calvinismo contiene que Dios por su consejo eterno da significado a todas las cosas, y que el Cristiano, por fe en la revelación de Dios, recibe y entiende ese significado, el cual debe ser expresado en su cultura. Pablo describe la falta de significado de la cultura no-Cristiana cuando dice que es necedad a la vista de Dios porque el hombre por su sabiduría no conoció a Dios (I Cor. 1:21). La

misma posibilidad de comunicación significativa en la cultura en un mundo corrupto por el pecado se halla sobre la noción de la verdad de la presuposición Cristiana de que Dios es creador del cielo y de la tierra, y que Cristo es el Redentor y Reconciliador de todas las cosas.